

NOTAS CRONOLÓGICAS.

	Años.
Se numeran de la creacion del mundo, segun el Martirologio romano.	7056
Del periodo Juliano.	6569
Del diluvio universal.	4812
De la fundacion de Roma, segun Varron [hasta Abril].	2608
De la era de Nabonasar en años Julianos (hasta Febrero).	2602
De la ordinacion Juliana.	1897
De la Encarnacion y Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.	1856
De la Egira, ó época de los mahometanos (concluye el 31 de Agosto).	1278
De la misma contada en años Julianos (hasta Julio.)	1234
De la fundacion de Méjico.	529
De la invencion de la imprenta.	416
Del descubrimiento de la América por Cristóbal Colon.	365
De la conquista de Méjico por los españoles.	336
De la maravillosa Aparicion de nuestra Señora de Guadalupe.	336
De la correccion Gregoriana.	274
De la invencion de las máquinas de vapor.	159
Del descubrimiento de la vacuna.	71
De la invencion de la litografia.	56
Del glorioso grito de independencia pronnciado en el pueblo de Dolores (hoy ciudad de Dolores Hidalgo) por su benemérito cura D. Miguel Hidalgo y Costilla.	47
De la proclamacion de la misma por el general Iturbide en Iguala.	36
De la entrada del ejército Trigarante en Méjico.	36
De la decapitacion del general Iturbide en Padilla.	33
De la entrega del castillo de San Juan de Ulúa por capitulacion á los mejicanos.	32
De la rendicion de los españoles en Tampico al mando del general Barradas.	28
Del pontificado de Ntro. Smo Padre el Sr. Pio IX.	11
Del gobierno de la mitra metropolitana de Méjico por su Exmo é Illmo. prelado el Sr. Arzobispo D. Lázaro de la Garza y Ballesteros.	6

MÉJICO Y SUS REVOLUCIONES.

Ninguna publicacion mas á propósito para dar á conocer al pueblo la historia de su patria y los hechos gloriosos de sus grandes hombres, que un almanaque, que circula por todas partes y es de fácil adquisicion aun á las personas de escasisima fortuna. Este mismo pueblo con su noble instinto, festeja los aniversarios de las épocas memorables en que tuvieron lugar los primeros hechos de armas que dieron por resultado la independencia de Méjico; y será mayor su regocijo cuando conozca los esfuerzos heroicos y los sacrificios desinteresados de los primeros héroes, de esos mártires de la libertad, que se lanzaron á la palestra á combatir con un coloso, sin otros elementos que los de su génio, de su entusiasmo por la emancipacion del pueblo, que al fin vino á convertirse de esclavo en señor, aunque á costa de tanta sangre y de tantas fortunas.

Nos proponemos, pues, referir aunque en compendio estos sucesos, que guardan tanta analogia con los que acabamos de presenciar, comenzando por ahora con los del rompimiento de la revolucion en Dolores, valiéndonos para ello de las obras de uno de nuestros mas acreditados autores. En lo sucesivo continuaremos esta tarea, que estenderemos hasta nuestros dias. De esta manera daremos á conocer la historia de Méjico desde el año de 1810 hasta la época presente.

MÉJICO Y SUS REVOLUCIONES.

PRIMERA PARTE.

Desde la proclamacion de independencia en el pueblo de Dolores por el cura D. Miguel Hidalgo, hasta su muerte y la de sus compañeros en 1811.

Desde Febrero de 1810 el doctor Iturriaga se puso de acuerdo con Hidalgo y Allende, y estendió un plan que abrazaba

dos partes: la primera contenía los medios de realizar la independencia, y la segunda lo que debería hacerse después de verificada. Por la primera se debían crear en las principales poblaciones otras tantas juntas, que bajo el más riguroso secreto sobre el fin que se proponían, propagasen el disgusto con el gobierno de España y los españoles, inculcando sobre todo los agravios recibidos en los últimos años, la ninguna esperanza que había de que la metrópoli triunfara del poder colosal de Bonaparte, y el riesgo que en consecuencia corría la Nueva-España de quedar sometida á éste con perjuicio de la pureza de su religión. Estas juntas debían declararse también con aquellas personas de que tuvieran una absoluta confianza, y que por otra parte, en razón de su posición social pudiesen influir con ventaja en el buen éxito de la empresa. Los españoles en lo general debían ser vistos con desconfianza; por lo mismo se encargaba que sin mucha seguridad no se contase con ellos, debiendo en todos casos ocultarseles la conjuración, y valerse de ellos solamente como agentes secundarios. Estas juntas, luego que se alzase el pendón de la independencia en el punto que se tuviese por oportuno, debían hacer lo mismo, cada una de ellas en sus respectivas poblaciones, deponiendo en el acto las autoridades que opusiesen resistencia, y apoderándose de los españoles ricos de quienes se temiese fundadamente lo mismo, aplicando sus bienes á los gastos de la empresa. Obtenido el triunfo, los españoles todos debían ser espulsados del país y privados de sus caudales, que se destinaban á las causas públicas: el gobierno debía encargarse á una junta compuesta de los representantes de las provincias, que lo desempeñarían á nombre de Fernando VII, y las relaciones de sumisión y obediencia á la España debían quedar enteramente disueltas, manteniéndose en el grado que se tuviese por oportuno é indicasen las circunstancias, las de fraternidad y armonía.

Hidalgo exaltado por costumbre, sin ocuparse mucho de los pormenores del plan, lo adoptó sin discusión ni mayor examen, y Allende, que no creía pertenecerle la parte dispositiva, se encargó de su ejecución. Al efecto partió para México, después á Puebla, y recorrió otros lugares de la república, poniéndose en todos ellos de acuerdo con los abogados, clérigos y frailes de mediana clase, y una ú otra persona de rango superior, sobre el plan de operaciones. Esta comisión la desempeñó con tino, acierto y actividad, pues á pesar de que el proyecto fué comunicado á un número considerable de personas, quedó sepultado en el más profundo secreto, de modo que no llegó á noticia del gobierno ni nadie hizo traición á las que se lo habían confiado. Hidalgo por su parte

estendió también el plan cuanto pudo en las provincias de Valladolid, Guanajuato y Querétaro, especialmente el claro; y en conformidad con él se crearon varias juntas en las principales poblaciones, que trabajaron eficazmente en promover todo lo conducente á preparar los ánimos para excitar la animosidad contra el gobierno y los españoles. Cuando Allende volvió á San Miguel el Grande por fines de Julio, esta villa se constituyó el centro y foco de la revolución, y de ella empezaron á salir desde principios de Agosto varios agentes encargados de la seducción de la tropa, especialmente la que componía la guarnición de Guanajuato, punto que por su importancia política y militar se pensaba ocupar de preferencia.

Tomadas las medidas que se creyeron necesarias, se fijó el día 1.º de Octubre para hacer el pronunciamiento en Querétaro, Guanajuato, San Miguel y otros lugares. Todo se fiaba á la sorpresa, que pudo, si el plan no hubiese sido descubierto, haber producido el efecto que se deseaba; pero lo fué por una de aquellas casualidades inesperadas que no pueden entrar en el cálculo de los hombres. El Dr. Iturriaga cayó gravemente enfermo en Querétaro en los primeros días de Setiembre, y su enfermedad hizo en muy poco tiempo tales progresos, que le fué necesario disponerse á morir y recibir los sacramentos; para obtener la absolución que se le rehusaba se resolvió á declarar la conspiración. Iturriaga murió, y el 14 de Setiembre el corregidor de Querétaro D. Miguel Domínguez, asociado del comandante de la brigada D. Ignacio García Rebollo, procedieron á la prisión de los conjurados y al registro de sus casas y papeles, los que les ministraron en abundancia las pruebas que buscaban.

Los españoles de Querétaro dieron cuenta inmediatamente á Méjico, y D. Francisco Bustamante, uno de ellos, escribió al intendente de Guanajuato Riaño cuanto pasaba, designando los conjurados de aquella ciudad y los de Dolores y San Miguel para que como jefe de la provincia procediese á su arresto. La mujer de Domínguez avisó por un correo particular á Hidalgo y Allende haber sido descubiertos, advirtiéndoles el gran riesgo que corrían. Se ignora si este paso fué dado con consentimiento de su esposo; pero los españoles de Querétaro le llegaron á saberlo, dieron por supuesto que así sería, y el alcalde ordinario Ochoa arrestó al corregidor la noche del día siguiente 15 de Setiembre. Riaño no quiso proceder de ligero, temiendo apresurar por un procedimiento ruidoso un rompimiento, que una vez empezado no debería acabar sino por una separación eterna; pero no pudo desentenderse de hacer algunas pesquisas,

arrestando é interrogando á los sargentos que se le habian denunciado como cómplices, y al tambor mayor Garrido. Todos ellos confesaron de plano la conjuracion con cuanto de ella sabian, y entonces ya no fué posible al intendente desentenderse de tomar providencias. Se dió pues la orden al justicia de San Miguel para apoderarse de Allende y de Aldama, que se hallaban en esta villa, y de pasar en seguida á Dolores, donde se hallaban Hidalgo y Abasolo para sorprenderlos igualmente. Pero Allende, ademas del aviso que se le habia dado de Querétaro relativo al descubrimiento de la conspiracion, logró interceptar la orden espedita por Riaño para arrestarlo á él y á sus compañeros, con lo que de pronto pudo parar el golpe y ganar algunas horas para ponerse de acuerdo con sus compañeros en orden á lo que se debia hacer.

En efecto, á su actividad y resolucion se debió que la revolucion no fuese enteramente sofocada en su cuna, pues sin perder momento se dirigió á la entrada de la noche del 15 de Setiembre al pueblo de Dolores, y comunicó á Hidalgo cuanto pasaba y el riesgo de que se hallaban amenazados si no se tomaba ejecutivamente algun partido. Este recibió la noticia con la sangre fria que le era característica, y sin dar la menor muestra de temor ni de sorpresa, dijo á Allende y á Abasolo, que estaba tambien presente, que la situacion en que se hallaban no era para conferencias prolongadas sino para acciones decisivas, únicas capaces de salvarlos de pronto y de asegurar mas tarde el éxito de la revolucion. La dificultad consistia en que en aquella hora, que era la media noche, y en aquel lugar, no habia medios ningunos de accion: ni fuerza alguna con que contar y á la que poder seducir; pero Hidalgo insistió en que era necesario hacerlo y no salir del pueblo sin dejarlo ya conmovido y pronunciado contra el gobierno y los españoles. Con diez hombres pues de los cuals cinco eran forzados, se procedió á aprehender los españoles del lugar, como medida preparatoria, y dando este paso, del que se salió sin dificultad, se convocó á son de campana á los indios y demas clases del pueblo, á quienes se anunció que la religion corria riesgo por parte del gobierno y los españoles, que se conspiraba contra ella y que era necesario salvarla á toda costa.

Quando oyeron á su cura las gentes sencillas de Dolores que la religion corria riesgo, no hubo uno que no estuviese pronto á caminar al martirio y auxiliar á su párroco en tan gloriosa cruzada, destinada á destruir el gobierno y los hombres enemigos de su culto, y al romper el dia se hallaban todos en masa y á disposicion de Hidalgo dispuestos á obedecer ciegamente cuanto quisiese prescribirles. Este no se

descuidó en aprovechar su entusiasmo, y en aquella misma mañana salió para San Miguel, acompañado de cerca de cuatro mil hombres, despues de haber dado las órdenes para que fuesen sorprendidos y arrestados los españoles de los pueblos inmediatos, y prevenido que se les ocupasen sus bienes.

Aunque en la villa de San Miguel se hallaban los principales conjurados, ellos mismos ignoraban los sucesos de Dolores, que por ser obra del momento, habian podido verificarse sin su acuerdo y conocimiento; así es que la poblacion entera y las autoridades quedaron completamente sorprendidas cuando supieron que se hallaban á sus puertas, y en seguida vieron derramarse por las calles los elementos de aquella masa informe y desordenada gritando: *Viva Nuestra Señora de Guadalupe! muera el mal gobierno, muera los gachupines!* Lejos de pensar nadie en la resistencia, todos procuraron refugiarse por lo pronto á sus casas, hasta imponerse al menos de lo que aquello queria decir, dejando por lo mismo el campo libre á los pronunciados, que se apoderaron de la ciudad sin oposicion ni obstáculo.

Esta ciudad, una de las mas ricas y pobladas de la Nueva-España, les proporcionó los recursos de que carecian: en ella se hallaba casi todo el regimiento provincial de caballeria de la reina y parte del de infanteria de Celaya, que tomaron partido por la revolucion sin dificultad. Por entonces no se derramó sangre y es muy probable que no se hubiese hecho posteriormente, si los españoles no hubiesen sido los primeros en dar este funesto ejemplo, que irritó los ánimos ya ulcerados, y provocó las represalias.

Hidalgo salió de San Miguel la mañana del 18, y se dirigió para Celaya, ciudad rica y bastante considerable, en la cual se habian reunido muchos españoles de los pueblos inmediatos con los que eran vecinos de ella, para proporcionarse algun género de defensa, no creyendo que Hidalgo se moveria con la rapidez que lo hizo; pero desde la mañana del 18 empezaron á correr en la ciudad noticias sordas de su venida, que fueron tomando cuerpo á proporcion de que se avanzaba el dia, y se confirmaron del todo cerca de las dos de la tarde; entonces todo fué desórden y confusion. El primer cuidado de los españoles fué el de ocultar sus caudales, y el segundo el de armarse ellos mismos y sus dependientes, cada cual del modo que pudo; pero sin jefe, sin tropa, sin disciplina, y sobre todo, desconociendo hasta los primeros elementos de la fortificacion, nada podian hacer para contener las masas que por la parte exterior se precipitaban sobre ellos, ni reprimir en la interior á la masa del pueblo que les amenazaba por instantes con una violenta esplosion. Los frailes españoles del Cámen, vestidos con

el traje charro, de manga, montados á caballo, armados de sable y pistolas y con el Crucifijo en la mano, como los obispos del tiempo de las cruzadas, que hacian de soldados y ministros, recorrían en vano los barrios de la ciudad, exhortando á la defensa al pueblo que tenia ya tomado su partido, y se hallaba bien resuelto á declararse por Hidalgo luego que avanzase sobre la ciudad. En medio de este desorden se presentó un parlamentario exigiendo la entrega lisa y llana de la plaza, y amenazando que de no hacerlo serian pasados á cuchillo los españoles que se hallaban en poder de los pronunciados. A todo se dió una respuesta evasiva para prolongar la negociacion y ganar tiempo, con el objeto, segun el éxito manifestó, de retirarse á Querétaro. La noche se acercaba y las familias de los españoles temiendo un acontecimiento ó una sublevacion del pueblo, cosas ambas que las esponian á inmensos riesgos, se hallaban en la mayor consternacion. Entonces el prior de San Agustín, llamado Agustín Casoria, deponiendo los escrúpulos de la clausura, inoportunos en aquellas circunstancias, abrió las puertas de su convento á mujeres, niños y viejos para proporcionarles un asilo, sin el cual habrian estado espuestos á todo género de violencias, y este acto de beneficencia hará siempre honor eterno á este varon verdaderamente apostólico.

Quando los españoles vieron de alguna manera aseguradas sus familias, no pensaron ya sino en ponerse en salvo de la tempestad que les amenazaba, y reunidos á la media noche formaron una caravana que se dirigió á Querétaro. Hidalgo lo supo inmediatamente, pero no quiso seguirlos ni ocupar la ciudad en medio de las tinieblas, temiendo el extravío de los caudales de que pensaba apoderarse. Al romper el alba la ocupó é inmediatamente las masas se repartieron por toda la ciudad y cayeron sobre las casas de los españoles, que saquearon y destrozaron en un momento; los caudales fueron ocupados, conducidos sin cuenta ni razon y amontonados en uno de los mesones de la vecindad de donde tomaba cada cual lo que le parecia. Hidalgo fué proclamado en Celaya sin oposicion ninguna *capitan general de América*. Tambien fueron promovidos á tenientes generales, mariscales de campo, etc., los principales caudillos Allende, Aldama y Abasolo, el presbitero Balleza y otros que sería largo enumerar.

Quando la noticia de la ocupacion y saqueo de Celaya llegó á Guanajuato, el intendente Riaño entró en gran cuidado y trató de poner la ciudad en estado de defensa, con el designio de sostener un sitio mientras llegaban en su auxilio las fuerzas de Méjico ó las que pedia á San Luis al bri-

gadier D. Félix Calleja, comandante de aquella brigada. Riaño convocó una junta de las personas principales, y en ella hizo ver la gravedad del negocio y los riesgos que se corrian si se perdía un momento en hacer los aprestos de defensa; en ella se acordó defender la plaza si era posible, y en caso de no serlo hacerse fuertes en la alhóndiga de *Granaditas*. La fuerza con que se contaba era bien corta, pues dos compañías de caballeria del principe y una parte del batallon de infanteria de Guanajuato, que no llegaban á trescientos hombres, era la única tropa reglada; la demas consistia en paisanos armados sin uniformidad ni disciplina, en número de poco mas de trescientos, que unidos á los otros, hacian seiscientos defensores incapaces de cubrir todos los puntos de la ciudad.

Entre tanto, se supo que Hidalgo, despues de haber vacilado mucho tiempo sobre si acometeria á Querétaro, se decidió por marchar á Guanajuato, y se habia ya puesto en camino. Esta noticia hizo que el pueblo de la ciudad diese indicios nada equivocados de sublevarse, y determinó al intendente á encerrarse en Granaditas con su corta fuerza, y depositar en este fuerte los archivos y caudales públicos con los de los particulares que quisiesen introducirlos. Desde el 24 de Setiembre, en que esto se verificó, se vieron ya con menos cuidado los puntos de la ciudad que hasta entonces se habian resguardado y procurado tener en estado de defensa; pero se trabajó sin cesar y con suma actividad en las obras de fortificacion interior y exterior de Granaditas. Los frascos de fierro colado en que se conduce el azogue y de los cuales habia grande abundancia, fueron destinados á hacer las veces de granadas, pues henchidos de pólvora producian el mismo efecto: el acopio de viveres fué el que se reputó suficiente para mantener mas de quinientas personas por el espacio de cinco meses, y los caudales públicos y particulares, por el cálculo mas bajo, ascendieron á cinco millones de pesos.

Hidalgo, despues de haber permanecido algunos dias en Celaya, salió para Guanajuato, á cuyas inmediaciones llegó la tarde del día 27. El 28 mandó un parlamento intimando rendicion, y ofreciendo conservar las vidas á los españoles,

D. Mariano Abasolo y D. Ignacio Camargo fueron los encargados por Hidalgo para presentarse en Granaditas y hacer la intimacion con las formalidades de la guerra; pero habiéndose retirado Abasolo antes de que se permitiese la entrada, solo quedó el segundo para conferenciar con los comisionados del intendente, que lo fueron D. Francisco Iriarte y D. Miguel Arizmendi. Camargo leyó á la guaricion la intimacion de Hidalgo, y en seguida la enteró del

estado de las cosas con bastante exactitud, y con una frialdad que manifestaba su valor y el dominio que tenía sobre sus pasiones. Entre tanto Riaño se dirigió á los defensores diciéndoles, que él por su parte estaba resuelto á defender el fuerte, cosa que no le parecia imposible atendido que aunque las fuerzas de Hidalgo eran muy superiores en número como gente sin disciplina y que carecía de artillería de batir, sus ataques no podrían ser muy temibles; pero les añadió que si no se hallaban en ánimo de sostener el punto, lo dijese francamente, pues jamás había sido su ánimo sacrificarlos ni que prevaleciese su voluntad sobre la de los que le rodeaban. El mas profundo y triste silencio sucedió á esta allocucion, hasta que Castillo, que se hallaba entre ellos, por uno de aquellos raptos indiscretos y comprometedores que no faltan en semejantes ocasiones, dió la voz de *morir ó vencer*, que los demas siguieron maquinalmente, y á la cual Riaño arregló sus providencias. Desde aquel momento se dió por rota toda negociacion, se hizo salir al parlamentario Camargo, y todos se apresuraron, unos al ataque y otros á la defensa.

Hidalgo, luego que se impuso de la última resolución del intendente, dividió su gente en dos trozos, previniendo que el uno atacase por el frente el fuerte de Granaditas, y el otro lo hiciese por la hacienda de Dolores, que estaba unida á aquel por la espalda y ocupada por los españoles. Aquella multitud se puso en movimiento sin mas orden que el que podian dar ciertas banderas de diversos colores en que iba la imagen de Guadalupe, y servian como de centro común á unos pelotones que se llamaban compañías, sujetas á un cabo ó jefe que mandaba cada uno de ellos. Las armas eran las que cada uno pudo proporcionarse; de fuego habia pocasísimas y las demas consistian en palos, piedras, instrumentos de labranza ó ganadería, y en machetes ó cuchillos destinados al uso doméstico.

El número de estos hombres se cree que llegaba á catorce mil, sin contar con la tropa reglada, que no pasaban de cuatrocientos, y se hallaban como perdidos y absolutamente embarazados para obrar entre esta multitud desordenada. Poco despues de las tres de la tarde se hizo dueño de la ciudad este extraño ejército, al que se unió inmediatamente el pueblo de Guanajuato. Lo primero de que se ocuparon, fué de abrir las cárceles y poner en libertad á todos los presos. En seguida se trató de tomar el fuerte, y dada la orden de hacerlo, cayeron sobre él aquellas masas compactas cuyo impulso á nadie era dado resistir. Los españoles se defendieron con el valor de la desesperacion: sus frascos de pólvora y sus fusiles hacian un estrago horrible sobre una

multitud que peleaba á pecho descubierto y enteramente cerrada; pero aunque ninguno de sus tiros era perdido, ni habia golpe sin resultado, el estrago que causaban, lejos de intimidar á la multitud, no hacia sino aumentar su encono y ardor, con el que á muy poco fueron desalojados los defensores del fuerte de sus líneas exteriores. Riaño, que vió un puesto importante abandonado, tomó un fusil para sostenerlo, y sin acordarse de lo importante de su persona, que no debía ocuparse de funciones subalternas, estuvo haciendo fuego largo tiempo, hasta que atravesada la cabeza por las aienes con una bala, quedó muerto en el sitio. Esta pérdida, la mayor aunque no la única que en la accion habian tenido los españoles, no les hizo desistir de la defensa, que continuó por entonces, pues aunque se repetian los ataques contra el fuerte, todos quedaban sin efecto, y la pérdida de los que asaltaban se aumentaba por momentos; pero ¿de qué no es capaz un pueblo enfurecido cuando se halla animado por la venganza?

Hidalgo aprovechándose del ardor de su gente, previno que incendiasen á toda costa las puertas del fuerte, que se hallaban ya sin defensas exteriores. Esta orden fué tan pronto cumplida como dada, y los españoles se vieron en el último apuro cuando se hallaron con esta brecha que no tenían medios de cerrar. En tal conflicto enarbolaron bandera blanca y de pronto se mandaron suspender las hostilidades. Pero los defensores de la hacienda de Dolores, que ignoraban lo que pasaba en Granaditas, continuaron haciendo fuego sobre la multitud, que dándose per engañada, gritó *traicion* en uno de aquellos raptos de furor tan comunes en las revoluciones populares. Desde este momento ya solo se trató de tomar el fuerte á toda costa y de no dar cuartel á nadie: las masas se precipitaron sobre las puertas medio destruidas, y aunque sufriendo grandes pérdidas las forzaron al instante. El ataque y la defensa se renovaban en cada uno de los puntos interiores que ofrecian algunos medios de resistencia; pero en todas partes triunfaba la masa popular que se derramaba como un torrente que destruye y sepulta, cuanto le opone resistencia. A las cinco de la tarde el triunfo de los sitiadores era completo.

D. Juan Aldama y D. Mariano Abasolo en consorcio de Allende, tomaron medidas serias y eficaces para contener al pueblo y establecer un tal cual orden en la ciudad, y se dirigieron á Hidalgo para que cuanto antes se llenase el hueco que habia resultado en la autoridad por la muerte ó emigracion de los que la desempeñaban. Se trató por fin de hacerlo y fueron nombrados los regidores y alcaldes ordinarios que faltaban, proveyéndose la intendencia de la

provincia en D. José Antonio Gomez, por haber renunciado D. Fernando Perez Marañon, nombrado primero por Hidalgo, y el cual, como se verá adelante, mantuvo inteligencias con Calleja y con el gobierno de Méjico.

Como en Guanajuato residian algunos jóvenes que se habían educado en el seminario de Minería de Méjico, y se hallaban dotados de conocimientos nada vulgares sobre las artes del grabado, y mas que todo sobre la fundición de metales y la maquinaria, Hidalgo se valió de ellos para establecer una maestranza y un ingenio de acuñación ó sea casa de moneda. Ellos se encargaron tambien de la fortificación de la plaza en clase de ingenieros, y la pusieron en un estado regular de defensa.

Mas es tiempo de encargarse de las operaciones con que el gobierno español se preparaba á la defensa, y los medios ó resortes que ponía en juego para desacreditar la naciente revolucion, y disipar las masas con que se le amenazaba y que crecían por momentos. El nuevo virey D. Francisco Javier Venegas, que había desembarcado en Veracruz el 28 de Agosto, hizo su entrada pública en Méjico el 14 de Setiembre.

La mañana del 17 reunió en el palacio vireinal una junta aristocrática, compuesta de un número considerable de personas. En ella se hizo una pintura brillante del estado de las cosas de España, y se concluyó por un pedido de veinte millones de pesos. Parecía natural que se hubiese tambien hecho mención de los sucesos de Dolores, que era el asunto del día, y que por su inmediación interesaba algo mas al gobierno y á los habitantes del país que los de la península; pero la política del gobierno colonial fué siempre afectar un desprecio desdeñoso de todos los esfuerzos de los mexicanos contra su metrópoli, que se hacia por entonces consistir en un silencio, por el cual se afectaba no ocuparse de un asunto que se quería persuadir no debía llamar la atención del gobierno sino secundariamente.

Las primeras noticias del alzamiento llegadas de Querétaro, vinieron por conducto de los frailes de *propaganda* que tienen en aquella ciudad el colegio de la Cruz. El acuerdo, que era el consejo nato del virey, y en el cual prevaleció el voto de D. Guillermo de Aguirre, le consultó que conforme á la costumbre antiquísima establecida para semejantes casos, se nombrase un pesquisidor, que con algunos alguaciles y una partida de tropa se trasladase al lugar del motin y lo cortase como tuviese por conveniente, imponiendo castigos y concediendo perdones discrecionalmente. El virey, que no tenia conocimiento ninguno del estado del país, siguió por entonces este dictamen, y nombró al alcalde de corte D.

Juan Collado para el desempeño de esta comision, el cual, llegado á Querétaro apenas pudo hacer otra cosa que enterarse del estado de los negocios, y reponer en su empleo al corregidor Dominguez, cuya inocencia palpó. En cuanto á lo demas no pudo adelantar un paso, pues el movimiento de Dolores no era un motin pasajero, sino el principio de una revolucion que, aunque mal dirigida, tenia profundas raices en el corazon de los mexicanos y no podia terminar sino cortando para siempre los vínculos de este pueblo con su metrópoli.

Cuando el virey tuvo noticia de la toma de Celaya y de la fuerza progresiva de Hidalgo, empezó á sospechar que el negocio era de mas cuidado que lo que la audiencia habia creído, y de consiguiente que las medidas sugeridas por el acuerdo eran en el caso absolutamente ineficaces. Estas sospechas pasaron á ser evidencias con la toma de Guanajuato y la derrota de los españoles en tan importante plaza. Entouces el virey abrió los ojos y conoció la necesidad de las operaciones militares contra unas masas que aumentaban por momentos, y á nada se hallaban menos dispuestas que á someterse á sus antiguas autoridades. Se determinó pues que la ciudad de Querétaro fuese el cuartel general y punto de reunion de tropas para formar un ejército, cuyo objeto por entonces debba ser el de sostener este punto, y mas tarde con el de atacar las fuerzas de Hidalgo y destruirlas si era posible. Como las noticias alarmantes se alcanzaban unas á otras, se hicieron salir á marchas forzadas el regimiento de infantería de la Corona y el de dragones de Puebla con la columna de granaderos, formada de las compañías de este nombre de todos los cuerpos de infantería provincial. En Querétaro existian ya los dragones que llevaban el nombre de esta ciudad, y la mayor parte del regimiento de infantería de Celaya; posteriormente se hicieron marchar á este punto la infantería veterana de Nueva-España, y los dragones veteranos de España y Méjico.

Todas estas fuerzas con su tren de artillería competente, se pusieron á las órdenes del coronel D. Manuel de Flon, conde de la Cadena, é intendente de la provincia de Puebla.

El virey formó en Méjico su reserva con los regimientos de infantería de Puebla, Tresvillas, Toluca y el batallon de Marina, compuesto de la tripulacion de los buques que se hallaban en la bahía de Veracruz con la caballería de Tocineros y algunos otros piquetes y compañías sueltas, y la guarnición de la ciudad fué confiada al regimiento urbano del comercio y á un cuerpo de milicias urbanas de las tres armas compuesto de los vecinos, á quienes se dió la denominacion de patriotas, y cuya fuerza sería de tres á cuatro mil hom-

bres. Estos cuerpos eran tres batallones de infantería, cuatro escuadrones de caballería y una brigada de artillería, y en ellos se obligó á inscribirse a todos los que podian hacer servicio á su costa. En San Luis Potosi se formaba por el mismo tiempo otra division que despues fué uno de los principales apoyos del gobierno español en Nueva-España. El brigadier D. Félix Calleja se hallaba de comandante de la décima brigada de milicias, de la que era cabecera aquella ciudad. Luego que este hombre supo la revolucion de Dolores, sin aguardar órdenes de México se ocupó con una actividad incansable en reunir todos los cuerpos de su brigada, llenar sus bajas, armarlos, disciplinarlos y equiparlos de todo á todo. Levantó tambien nuevos cuerpos formándolos de hombres robustísimos de que abunda aquella provincia, y entre ellos se hizo muy notable el de infantería llamado de los *tamarindos* por el color de su vestido, y compuesto de hombres tomados de las rancherías, pertenecientes á las Bocas y el Venado. Tambien estableció Calleja una fábrica de cañones de todos calibres, arma muy escasa por aquel tiempo en Méjico, y cuando ya tuvo su division bajo un pié respetable, la hizo campar en la hacienda de la Pila, con el objeto de ocupar á los cuerpos esclusivamente en los ejercicios militares, mantener el rigor de la disciplina é impedir las distracciones á que se hallan espuestos los soldados en las ciudades.

El general D. Félix Calleja vino á Méjico de teniente coronel con el virey conde de Revillagigedo el hijo: jamas pudo disimular su desmedida ambicion ni el deseo de hacer un papel brillante y distinguido; así es que desde los primeros momentos de su llegada, todo su empeño fué el de mandar en gefe y sin superior inmediato, hallándose siempre mas dispuesto á ponerse al frente de una partida de soldados en el campo, que á ser segundo de una division. Su genio activo y emprendedor y su deseo de adquirir gloria, lo hacian no desperdiciar ocasion ninguna de llamar la atencion del público y formarse un teatro de admiradores que lisonjasen su vanidad; como todo ambicioso jamas tuvo fe ni conciencia política, ni hallaron en él nunca cabida los sentimientos del deber; calculaba, y por lo comun con tino y conocimiento, lo que podria conducir á sus adelantos, y se decidia por el lado que les era mas favorable.

El gobierno español activó sus disposiciones de defensa en todos los puntos donde era obedecido, dando las órdenes mas terminantes á los gefes de las provincias y á los de las tropas repartidas en la extension del vecinato, para que se armasen los vecinos como pudiesen, á fin de sostener las poblaciones, y para que los soldados se pusiesen bajo el pié

de guerra, y hostilizasen al enemigo. Aunque estas disposiciones se circularon con oportunidad y rapidez, solo surtieron efecto en los puntos distantes del foco de la insurreccion, con los que podia mantener sus relaciones el gobierno de Méjico. Es sin embargo cierto, que todas estas disposiciones habrian sido casi en su totalidad ineficaces si todo el clero alto, y parte muy considerable del otro no se hubiesen presentado á sostener la causa de España, usando de las censuras eclesiásticas, arma muy poderosa en aquel tiempo, suscitando dudas sobre la catolicidad de los principales caudillos de la insurreccion, y haciendo negocio de conciencia la sumision á España mediante el ministerio de la confesion.

Por entonces las excomuniones surtieron todo su efecto, pues aunque no legraron los españoles apagar la insurreccion como lo intentaban, á virtud de ellas impidieron que triunfase, segregando de sus intereses una masa considerable del pueblo, enagenando de ella el ánimo de las tropas y sembrando la discordia entre los miembros de las familias y la agitacion en las conciencias crédulas y timoratas. El primero que dió este paso atrevido fué el obispo electo de Michoacán D. Manuel Abad y Queipo publicando en 24 de Setiembre un edicto ó pastoral tan ageno de sus principios como de la causa que lo provocaba: en él era Hidalgo escomulgado nominalmente, y se amenazaba con la misma pena *ipso facto incurrenda* á todos los que lo siguiesen, favoreciesen ó signiera tratasen: los prestos que se alegan en esta pieza original eran, tener presos este caudillo á algunos curas, clérigos y frailes. El procedimiento era tan irregular y desconocido, que se empezaron á suscitar dudas sobre él, no solo por los afectos á la revolucion, sino aun por los defensores mismos del gobierno español.

Entonces D. Francisco Javier de Lizana, arzobispo de Méjico, hombre de pocos alcances aunque de buen corazon, se dejó persuadir facilmente que se hallaba comprometida la dignidad episcopal si no se sostenian los desaciertos de su compañero y este prelado á quien no habia podido obligarse á que hiciese uso de las censuras contra Hidalgo y la causa que sostenia, se declaró contra él tan luego como creyó comprometida la autoridad de su puesto; publicó pues un edicto en que declaraba que el obispo Queipo no habia traspasado los limites de su autoridad en escomulgar á Hidalgo, y él mismo ratificó esta pena no solo contra los que siguiesen á este caudillo, sino tambien contra los que dudasen de la validez de semejantes edictos. D. Manuel Ignacio Gonzalez del Campillo, obispo de Pueblo, no se hizo esperar mucho en secundar y seguir los pasos de Queipo y

Lizana, y pareciéndole que estos habian quedado cortos, estendió sus censuras á todos los que escribiesen á favor de la independencia de Méjico. Pero vino á poner el colmo á todos estos abusos de autoridad D. Antonio Bergoza, obispo de Oajaca, con un edicto lleno de bajezas y adulaciones al virey y al gobierno de Cadiz que éste representaba, y con las pueriles patrañas de representar á los insurgentes como otros tantos mónstruos con alas, cuernos, picos y plumas, como los séres fantásticos de la fabula, creados por el capricho de la imaginación de los poetas y denominados grifos.

Los obispos del interior de pronto no pudieron hacer lo mismo, porque el fuego de la insurreccion llegó tan pronto á las capitales de sus diócesis, que no tuvieron tiempo para ello, y se vieron precisados á emigrar; pero mas tarde, cuando se hallaron repuestos en sus sillas, siguieron los pasos de sus compañeros, y lo mismo hicieron los cabildos en sede vacante.

La Inquisición creyó que no debía quedar atrás y que era llegado el caso de hacer ostentacion de su formidable poder para apoyar un gobierno que segun todas las probabilidades, debía dar á este tribunal el golpe mortal que recibió.

En 13 de Octubre publicó su famoso edicto contra Hidalgo, citándolo y emplazándolo para comparecer en el término de treinta dias. Este edicto fué por entonces el golpe mortal que llevó la insurreccion; pero mas tarde lo fué para el tribunal, pues radicó profundamente el odio contra él en el ánimo de todos los mejicanos.

Por estas maniobras de los españoles y del alto clero, los pronunciados por la independencia se hallaron envueltos, no solo en las dificultades políticas de la empresa, muy grandes por si mismas, sino tambien en las religiosas, suscitadas maliciosamente contra su causa, teniendo que defender á la vez la justicia de la independencia, y vindicarla de la nota de herejía contra un pueblo ignorante y supersticioso. El gobierno de Méjico no se contentó con estos medios de descrédito, sino que echó mano de otro que se ha hecho despues demasiado común en casos análogos, y este fué el de procurarse esposiciones de todas las corporaciones y autoridades, por las cuales le manifestasen su adhesión y el disgusto con que veían el pronunciamiento hecho contra él.

Las denuncias, los arrestos y todos los ataques á la libertad civil y seguridad individual empezaron tambien entonces, y se repitieron sin intermision en lo sucesivo, como se verá despues.

Mientras esto pasaba en Méjico y en las poblaciones su-

jetas al vireinato, Hidalgo deliberaba en Guanajuato con sus principales compañeros, sobre si marcharia á Querétaro ó lo haria hácia Valladolid, para tomar despues por aquel rumbo el camino de la capital. Los primeros dias se vaciló en el partido que se debería elegir entre los indicados; mas cuando se supo que el virey habia cargado todas sus fuerzas sobre Querétaro, dejando casi desguarnecida la capital, cesaron todas las dudas y se resolvió tomar el camino de Valladolid, tanto mas cuanto que se tenían fundados motivos para creer que los regimientos provinciales de caballería de Pátzcuaro y de infantería de Valladolid tomarian partido por la insurreccion luego que se aproximasen los gefes de ésta. Cuando las autoridades de Valladolid entendieron que se hallaban amenazadas próximamente, entraron en gran cuidado y se ocuparon de la defensa de la plaza; pero el primer inconveniente que pulsaron fué el de la falta de un gefe que la dirigiera, pues el coronel D. Diego Garcia Conde que caminaba para allá por órden del virey, en compañía del intendente de la provincia Merino y del conde de Ral, fueron sorprendidos y hechos prisioneros por una guerrilla que mandaba el coronel Luna. A falta, pues, de mejores gefes el obispo y el cabildo eclesiástico se encargaron de la defensa, y ya se deja conocer cuál sería esta, puesta en semejantes manos.

Con los cuantiosos fondos de la Iglesia se alistó y equipó un cuerpo que se puso á las órdenes del canónigo Ledós: se trató de fundir cañones, destinándose al efecto las campanas de la Catedral, y el obispo se encargó de dirigir estas operaciones: en una palabra, se hizo cuanto pudo sugerir el temor de una próxima invasion á gentes deseadas de defenderse y repelerla, y se cometieron todos los errores de hombres ineptos en la teoría é inespertos en la práctica de la guerra. Pero el espíritu público decaía visiblemente á proporción que Hidalgo se aproximaba, de modo que cuando su vanguardia llegó á Acámbaro, el obispo y los mas entusiasmados defensores se dispersaron en todas direcciones, dirigiéndose el primero con algunos á Méjico, y abandonando todos á su suerte la plaza que se habian propuesto defender.

El 15 de Octubre la vanguardia de Hidalgo mandada por el coronel Jimenez se aproximó á la ciudad, y el dia siguiente la ocupó sin resistencia. El 17 entró Hidalgo con todo el grueso de su ejército, que se asegura llegaba á cuarenta mil hombres, y se componia en su mayor parte de pelotones, de las fuerzas regladas con que se ocupó á Guanajuato y las que alli se le unieron del regimiento provincial de este nombre.

En la toma y ocupacion de Valladolid, Hidalgo hizo adquisiciones importantes, pues, como se habia previsto, se le reunieron los dos regimientos provinciales de caballeria de Pátzcuaro é infanteria de Valladolid, y además las fuerzas levantadas por el cabildo eclesiástico para la defensa de la ciudad, que consistian en ocho compañías bien armadas y disciplinadas medianamente.

Hidalgo se preparó para marchar á Méjico con el mismo desórden y desconcierto que lo habia hecho hasta entonces, fiándolo todo del número de los que lo seguian, y cuidándose poco de lo demas.

Venegas, por cargar todas las fuerzas á Querétaro, habia dejado casi desguarnecida la capital, en lo cual no manifestó mucha pericia militar, é Hidalgo, sabedor de esto, trató de aprovechar la ocasion que le presentaba la falta de un ejército ó division de reserva bastante fuerte, que le cerrase el camino por el lado de Toluca, enteramente desguarnecido y abierto. Para que el ejército insurgente lograra una sorpresa era necesario moverse con suma rapidez, pues el conde de la Cadena que se hallaba en Querétaro podia retroceder hácia Méjico, y como que la distancia era mas corta desde esta ciudad que desde Valladolid, frustrar el designio. Sin embargo la dificultad de mover aquellas masas que acompañaban á Hidalgo era demasiado grande para efectuar á tiempo la sorpresa proyectada; pero una verdadera resolución todo lo vence, y ésta se tuvo en el caso, aunque para asegurar mas el golpe se aguardó á que Flon saliese de Querétaro hácia el interior, para efectuar la reunion de sus fuerzas con las de Calleja que venia hácia él. En 21 de Octubre efectuó éste su salida de Querétaro, y luego que en Valladolid se supo tal movimiento, el ejército de Hidalgo emprendió su marcha hácia la capital por Maravatio, Tepetongo é Ixtlahuaca.

No tardó en saberse este movimiento en Méjico, y como fué tan rápido, las noticias se alcanzaban unas á otras y aumentaban la alarma del virey y de la capital. Inmediatamente se hizo salir hácia Toluca el regimiento provincial de Tresvillas, parte del veterano de caballeria de dragones de España, y otras partidas de tropa que se hallaban en Méjico, no quedando por entonces para guarnecer la ciudad sino el regimiento urbano del comercio y el distinguido de patriotas recientemente levantado. Las fuerzas que se hicieron salir con las que posteriormente se les reunieron llegarían á dos mil quinientos hombres, y se pusieron á las órdenes del teniente coronel D. Torquato Trujillo, que habia venido en la comitiva de Venegas, el cual luego que llegó á Toluca, mandó que se replegasen á este punto todos los destacamentos

y piquetes avanzados hácia Ixtlahuaca, por donde Hidalgo venia. Algunos de ellos desertaron tomando partido por la insurreccion, pero los mas obedecieron al llamamiento de Trujillo y volvieron á Toluca: entre estos últimos se cuenta el que en San Felipe del Obraje se hallaba á las órdenes del teniente D. Agustin de Iturbide, que segun él mismo asegura en su memoria, despreció dos propuestas que le hizo Hidalgo, la primera ofreciéndole la faja de teniente general si tomaba partido por la insurreccion, y la segunda de un salvo-conducto á su familia y á su padre, que era español, por el cual quedaban libres sus bienes con sola la condicion de que se separase del servicio del gobierno español.

El dia 27 determinó salir Trujillo por el rumbo de Ixtlahuaca, para hacer una descubierta: pero á las siete de la noche se encontró con la partida única que habia quedado avanzada en el puente de D. Bernabé, la cual habia sido completamente derrotada y obligada á evacuar este punto importante. Este descalabro le hizo creer que no se hallaba seguro en Toluca y lo determinó á retirarse inmediatamente al punto de Lerma que por hallarse en medio de una laguna, con dos solas calzadas para su comunicacion con la tierra, es reputado justamente inespugnable, aunque con la desventaja de no ser camino único para Méjico. El dia 28 entró Hidalgo en Toluca, y sabida la posicion de Trujillo se resolvió á dejarlo en ella y salir por el camino de Santiago Tinguistengo al de las Cruces y arrojarse sobre Méjico. El comandante español procuró tambien cerrar este paso cortando el puente de Atengo, para lo cual destacó una partida que no pudo ó no quiso hacerlo, por cuya falta quedaba la division española completamente flanqueada y muy espuesta á ser envuelta. Allende, que fué quien dirigió todas las operaciones de esta campaña, dividió sus fuerzas en dos trozos: el principal lo hizo marchar por Atengo y otro menor á las órdenes de Arias, capitan que habia sido de Celaya, lo presentó sobre Lerma con el objeto de hacer una llamada falsa que distrajese á las fuerzas españolas; pero el comandante Trujillo sospechó ó tuvo aviso de lo que pasaba, y dejando en Lerma al sargento mayor Mendivil con una partida de Tresvillas, después de haber dado por punto general de reunion á todas las secciones el de las Cruces, las hizo marchar hácia él por diferentes direcciones, y él mismo lo verificó sin pérdida de momento. Su marcha fué tan rápida que logró prevenir á sus enemigos aunque con solo la diferencia de media hora, y esto le proporcionó tomar una posicion que dominaba completamente el camino de Méjico, aunque algo desventajosa, por ser ella misma dominada de otras alturas boscosas y cubiertas de maleza. En toda la

tarde se reunieron á Trujillo las diversas partidas que componian su division, inclusa la de Mendivil, que confi6 la defensa de Lerma á un pequeño destacamento á las 6rdenes del capitán Pino.

A las ocho de la mañana del día 30 empezaron las operaciones de Allende sobre los españoles por simples escaramuzas que no servian sino de entreteuer el tiempo mientras se disponia por un lado el plan de ataque y por otro el de defensa. En estas circunstancias llegaron á Trujillo, que se hallaba sin artilleria, dos cañones de campaña que hasta entonces no se habia acordado el virey de enviarle, uno de los cuales fué inmediatamente colocado de modo que enfilase el camino, pero cubierto con ramas á fin de que sus tiros hiciesen mayor estrago en el enemigo, que no contaba con ellos. La primera operacion de Allende fue hacer ocupar por un largo rodeo la parte del bosque que dominaba la posicion de Trujillo, con el objeto de cargarlo por la espalda cuando la accion se hallase empeñada por el frente. Cuando supo haberse ejecutado la 6rden que para esto se habia dado, que serian las once de la mañana, presentó su frente al enemigo formando una columna de ataque dispuesta de la manera siguiente: á su cabeza se hallaban cuatro cañones de campaña, é inmediatamente seguian en formacion cinco compañías del provincial de infanteria de Celaya, todo el regimiento provincial de Valladolid y el batallon de Guanajuato que servia la artilleria; la retaguardia y los flancos los cubrian los dragones provinciales de Pátzcuaro, Reina y Principe, algunas compañías de lanceros y un número muy considerable de paisanos de infanteria y caballeria armados con mucha desigualdad y distribuidos en pelotones muy poco ordenados y sin ninguna disciplina: todas estas fuerzas se pusieron á las 6rdenes inmediatas del intrépido Abasolo, que dió en esta jornada pruebas decisivas del mas her6ico valor.

Allende habia resuelto que las masas enormes de los indios no tomasen parte en la accion y quedasen á retaguardia para operaciones muy secundarias en que tal vez podrian ser útiles sin riesgo suyo y sin esponer, por su ninguna disciplina, á las fuerzas regladas en las cuales podrian introducir el des6rden y confusion. Pero ellos se dieron por ofendidos, é Hidalgo, que no conocia toda la importancia de esta esclusión, insistió hasta desazonarse muy de veras con Allende, en que se les diese parte y señalase puesto para la batalla. Allende tuvo que ceder y se les puso á la cabeza de las secciones de caballeria que cubrian los flancos: tambien tuvo la advertencia de ocupar las alturas que estaban al frente de la posicion de los españoles, no con el designio de batirlos desde ellas, pues se hallaban muy distan-

tes, sino con el de evitar una sorpresa que lo envolviere por este lado. Como estas alturas y las que dominaban la posicion española se hallaban todas cubiertas de pinos que formaban un monte muy cerrado, se destinó á ellas el paisanaje armado del ejército, que á campo raso ofrecia poca confianza, pero del cual se podia sacar, como en efecto se sacó mucho partido en una posicion boscosa, en la cual los soldados enemigos tenian que medirselas cuerpo á cuerpo con hombres que en semejante lucha les eran muy superiores.

Trujillo, como se ha dicho, habia la noche anterior tomado posicion en una pequeña altura, de superficie poco estensa, que dominaba el camino: ella quedó constituida en centro de su division, cuya fuerza distribuyó para la defensa de la manera siguiente: él mismo se quedó con el centro, y colocó sobre el camino con el objeto de dominarlo, uno de los cañones con que se hallaba; entre su espalda y flanco izquierdo situó al capitán Bringas con una partida de dragones y lanceros, previéndole se emboscase y al mismo tiempo estuviese á la mira de las avenidas del Noroeste, por donde podia tener una sorpresa; cerraba el camino por la parte de Méjico una fuerte division á las 6rdenes del sargento mayor D. José Mendivil, y un cañon enfilaba toda la calzada; por último, á la derecha de Mendivil y sobre el flanco izquierdo de Allende, se situó otra partida de infanteria compuesta de tres compañías á las 6rdenes del teniente D. Agustín de Iturbide.

Allende se propuso, no tanto forzar el paso cuanto envolver la division de Trujillo, apoderándose por grandes rodeos del camino de Méjico, que aunque quedaba á retaguardia de éste, el número considerable de sus fuerzas le proporcionaba ocupararlo sin debilitarlas. Al efecto mandó desfilir por camino de vereda una fuerza de tres mil paisanos armados y montados que saliesen á situarse entre Cuajimalpa y el enemigo mientras se combatia en las Cruces.

Dadas estas disposiciones, á las once se rompieron los fuegos por ambas partes, empezando por la de Allende: al principio la accion se empujó solamente en ambos frentes en la que los indios, como se habia previsto y era de suponerse del des6rden en que se presentaban, llevaron la peor parte, pues murieron á centenares por los fuegos que se cruzaban de ambos lados: esto los llenó de pavor y muy pronto abandonaron el campo, mas no tan sin consecuencias que dejasen de causar algun des6rden en la columna de ataque; pero ésta se rehizo prontamente y se mantuvo sin perder terreno por todo el tiempo que duró la accion. Cerca de la una de la tarde, las emboscadas de Trujillo casi simultáneamente se encontraron con los enemigos que descendian de las alturas, y

entonces la accion se hizo general y se peleó por ambas partes con valor y decision poco comun, siendo la pérdida casi igual por los dos lados, aunque replegándose continuamente sobre su centro las tropas españolas. El capitán Bringas á muy pocos momentos de principiada la accion, recibió una herida mortal, y Mendivil, que se hallaba en la calzada, puesto el mas peligroso, recibió tambien varias de que no logró convalecer sino al cabo de mucho tiempo. Otros muchos oficiales tuvieron la misma suerte, y los soldados, cuyo desaliento era ya visible, empezaron á desmayar hasta el grado de obligar á Trujillo á que oyese las proposiciones de acomodamiento que sin cesar le hacian los que peleaban contra él. Se prestó, pues, á dar este paso, pero con el designio de atraerlos á un lugar donde pudiesen perecer por medio de la mas vil traicion é inaudita mala fé. Así lo hizo, fingiendo oír sus proposiciones y mandando hacer fuego luego que los tuvo á tiro, y este hombre infame é inmoral no tuvo vergüenza de confesar un hecho tan bochornoso y gloriarse de él en la parte detallado que dió al virey.

La irritacion subió de punto en los ánimos de los que ofrecieron el parlamento, de modo que antes de las cinco de la tarde Trujillo se hallaba reducido á solo su centro, y desalojado de los demas puntos que habia ocupado. A esta hora le llegó la noticia de que sus enemigos empezaban ya á ocupar el camino de Méjico que quedaba á su espalda. Entonces, segun él mismo asegura, temeroso de ser envuelto y de falta absolutamente de municiones, resolvió la retirada, que no dejaba de ofrecer dificultades. Si los insurgentes hubiesen sabido aprovecharse de las ventajas adquiridas, habrian impedido su retirada; pero se contentaron con lo hecho hasta entonces y no le hicieron una resistencia vigorosa, limitándose á un débil tiroteo que no impidió llegasen á Cuajimalpa los débiles restos de esta division derrotada. Trujillo emprendió su retirada despues de las cinco de la tarde y aseguró al virey haber quedado desmontados, desmañados y clavados los dos cañones que despues recobró Calleja intactos en Aculco. En el camino se le desertó la mayor parte de los pocos que le seguian, de modo que llegó á Cuajimalpa casi solo, y aunque ya habia oscurecido, no considerándose seguro, continuó para Santa Fé, á donde llegó ya muy entrada la noche: allí hizo alto hasta el dia siguiente en que amaneció con poco mas de cuarenta hombres que lo acompañaron hasta Chapultepec, donde vino á situarse.

En Méjico, desde el domingo 29 de Octubre en que se supo la ocupacion de Toluca por las fuerzas de Hidalgo, empezó la alarma, que se feé aumentando por grados y por momentos.

Quando en Méjico se supo la derrota de Trujillo la alarma se aumentó, y la consternacion y el terror se vieron pintados en los semblantes de todos; se despacharon extraordinarios á todos los puntos de donde se podia esperar socorro, se ofició á Calleja, á quien se suponía en Querétaro, para que á marchas forzadas viniese á la capital, se mandaron acuartelar á los Urbanos distinguidos de Fernando VII, y al regimiento del comercio de la misma clase, para mantener el órden en el interior de la ciudad y salir en auxilio de las tropas acampadas si fuese necesario.

Entre tanto como Calleja no se presentaba ni habia noticia ninguna de él, la agitacion de la ciudad se aumentaba; los españoles tuvieron por inevitable su ocupacion por las masas insurgentes, y cayeron en el mas profundo abatimiento; los mejicanos deseaban el triunfo de la causa aunque temian los desórdenes que debian acompañarlo en una ciudad tan grande, tan rica y tan fecunda en malhechores; y el gobierno, sin medios de resistencia, ni fuerza suficiente para cubrir los puntos de una linea de poco mas de cuatro leguas en que se puede estimar el recinto de la ciudad, no pensaba sino en retirarse á Puebla ó Veracruz. Todo pues conspiraba á facilitar la ocupacion de la capital por las fuerzas insurgentes, y Allende, Abasolo, Aldama y demás gefes instaban porque no se perdiese la oportunidad de dar el último golpe al gobierno antes de que se aproximase Calleja, que venia á toda prisa en su auxilio. Pero Hidalgo á cuya serenidad y decision se debió el que la revolucion no hubiese sido sofocada en su cuna, se acobardó sobremanera con las bajas que habian sufrido sus masas en el triunfo que sobre las fuerzas españolas acababan de obtener en las Cruces, y se obstinó contra el dictámen de los demas gefes, y contra lo que indicaba la naturaleza misma de su posicion, en que era necesario rehacerse antes de volver á entrar en campaña.

Esta falta indisculpable aun para el hombre de mas vulgares nociones, se ha querido disculpar en Hidalgo, suponiendo que fué impulsado á cometerla por el deseo de evitar á Méjico los desórdenes que sus masas le causarían en una violenta ocupacion: Allende, que desde el principio habia conocido la mala direccion que llevaban los negocios, acabó de indisponerse con Hidalgo y se separó de él dirigiéndose á Guanajuato; y este caudillo no permaneció en las inmediaciones de Méjico sino para cometer otra falta que acabó de dar en tierra con su prestigio. Resuelto ya á no cometer, nombró á D. José Mariano Jiménez para que se presentase á Venegas en clase de parlamentario, á fin de proponer una especie de arreglo, que aunque se quiso disfrazar con